

ciencias al volver a encontrarnos juntos sobre este suelo regado en sangre, pero es menester que todos sepan, que todos recuerden lo que sois y lo que habéis hecho entre nosotros.

Hace más o menos veinte años llegasteis aquí, comisionado por un diario de la Habana para estudiar este país que la prensa asalariada presentaba como la obra de un genio omnipotente que se dignaba fomentar la industria, el comercio y las artes en vez de destruirlo todo con los rayos de su ira vengadora. Contemplasteis la majestad del falso Júpiter; supisteis resistir la tentación del oro y el halago de la vanidad, y en vez de cantar loores a Porfirio Díaz, contasteis en vuestra patria la verdad, y os sonreistes del histrión sanguinario que paseaba por nuestras calles, cubierto el pecho de medallones como un rey bárbaro en día de fiesta.

Pasaron los años, largos años, porque nada es más largo que el andar de la justicia sobre la tierra, y los mexicanos bajo la mano férrea de Porfirio Díaz, seguían postergados y tristes. Y mientras casi todos los pueblos de nuestra raza, la Argentina, Cuba, Chile, el Uruguay, progresaban rápidamente, mágicamente, México se enorgullecía de poseer un déspota, capaz de sofocar la opinión, capaz de aniquilar a sus enemigos; pero impotente para realizar el verdadero progreso. ¿Qué importaba, se nos decía entonces, que la raza entera padeciera hambre, soportara injusticia y se hallase ignorante, si México contaba con Porfirio Díaz, el igual de los más grandes Jefes de la tierra, grande y austero, astuto e invicto? ¿Qué importaba que no todos los ingratos mexicanos apreciásemos la grandeza de aquel hombre si en cambio, los extranjeros, los ilustres extranjeros le tenían tal amor y confianza que consentían en traer aquí sus capitales para construir de cuando en cuando cien kilómetros de vía férrea o para saquear una mina o adjudicarse alguna fuente de la riqueza pública? Nosotros ¿qué? Nosotros éramos irredimibles, brotes equívocos de una raza híbrida; ya lo decía el magno Spencer coreado por nuestro Bulnes: a nosotros no nos quedaba más misión que desaparecer para dejar nuestro sitio a la flor del mundo: al blanco, entendiendo por blanco, al sajón. Tal era el pensamiento oficial de la época, y fué entonces en media de esa noche pavorosa—noche sombría de la conciencia—cuando apareció la estrella que fué a posarse en el alma de Francisco Madero. ¡Como un meteoro que, por breves instantes alumbraba el camino de quien va perdido, así Madero brilló, venció y dejó esplendor! Y vos debéis haber sentido algo como la visión de los Reyes Ma-

gos, pues vinisteis a contemplar el prodigio que se opera sobre la tierra cada vez que aparece un alma verdaderamente cristiana, un alma que es mentís de todas las ruines sociológicas. Observasteis a Madero desde lejos, acaso con la desconfianza que en todos despierta la acción del hombre, aun del más justo, por lo bien que sabemos hasta qué punto es flaca y sujeta a yerros la miserable naturaleza humana. ¡No era creíble aquel prodigio! Un hombre que perdonaba, un hombre que amaba en el país del odio, de la mano de hierro y del asesinato por razones de Estado! Sin embargo, cuando un pueblo se envilece hasta la ignominia, es menester que surja el héroe, que el héroe se convierta en mártir, ya que sólo el sufrimiento infi-

La estancia silenciosa

UN grande amor desvanecido en la eternidad llena de sutiles perfumes la estancia silenciosa. En los altos espejos tiemblan misteriosamente las sombras de los cortinajes, y de las rosas marchitas en los blancos jarrones, y de los antiguos retratos casi envueltos en la penumbra crepuscular. Minuto a minuto va disminuyendo la amarilla mancha de sol sobre las moradas alfombras. Como un vago dolor de ultratumba, de un remoto campanario llega un sonido grave y melancólico; y, al extinguirse, también se esfuma, lentamente, el último resplandor sobre los desteñidos muebles de la estancia... Y de la negra tiniebla parece que fuera a surgir el pálido fantasma de la dulce muerta, con los ojos tristísimos, y con las manos infantiles castamente cruzadas sobre su seno.

FROYLAN TURCIOS

Cartago, marzo de 1921.

nito posee la fuerza que nos retorna a los valores justos. ¿Qué idea teníamos en la era porfiriana de la verdad, la justicia y el bien? La verdad era la verdad de los sentidos que tan poco alcanzan; la justicia era conveniencia política; el bien un juego de palabras hecho de términos, como: «el interés público», «la salud del Estado» y la «felicidad de la casta»; jamás el bien generoso y absoluto. Era, pues, necesario, que un hombre fuese al sacrificio y a la muerte para comprobar, que por encima del tirano y de las razones de Estado y por encima de la felicidad misma, hay ideales eternos por los que se puede sufrir y por los que se debe morir.

Empujado por las fuerzas divinas, que, venciendo todos los obstáculos renuevan el bien sobre la tierra, Madero llegó hasta el holocausto! La sangre de los mártires purifica el ambiente, pero cae como una maldición sobre las generaciones que consuman el sacrificio.

ESTUVO CON NOSOTROS

DESDE EL PRINCIPIO DEL MARTIRIO

DESPUÉS de la muerte de Madero comenzó nuestro propio martirio, y duraron siete años la guerra, la desolación y la muerte. Desde el principio de este período estuvisteis vos del lado del vencido, porque era el lado de la justicia. Crimen tan monstruoso nos hubiera llenado de eterno baldón si sobre él se hubiese puesto el olvido. El silencio era cobarde complicidad y vos fuisteis de los primeros en romper el silencio. Virilmente protestasteis contra la usurpación entre vuestros colegas diplomáticos, y enseguida os propusisteis aliviar la suerte de las víctimas. Una noche pasasteis al lado de Madero y venciendo la más honda repugnancia hablasteis a los traidores para que respetasen su noble vida. Los traidores os mintieron y mientras vos preparabais un tren y alistabais el crucero «Cuba», para salvar a los prisioneros, los huertistas los hicieron asesinar. Todo parecía haber concluido entre nosotros: la ciudad estaba de luto, un luto temeroso, disimulado; por las calles desiertas paseaba la soldadesca ebria; lo más bajo, lo más vil de la sociedad prerevolucionaria gritaba por las plazas sus hurras destempladas; se perdieron la vergüenza y el honor; los hombres buenos lloraban su impotencia; el mal y la mentira dejaban caer su peso agobiante sobre una tierra maldita. ¿Mas cuál es el remedio así que todo está perdido? El remedio contra todas las adversidades es la fortaleza del alma; el corazón que se yergue frente a la adversidad y la reta. El remedio es la verdad resuelta, franca, violenta. Más sacrificios y más verdades, eso es lo que necesitan los pueblos en las horas de su más honda angustia; y de todo ello nos disteis ejemplo, pregonando la verdad a los cuatro vientos, sin tener en cuenta el poder y la felonía de los criminales. Atendiendo tan sólo a vuestros intereses, bien pudisteis, como tantos otros, permanecer indiferente—discreción llaman a eso los cobardes—indiferente y muy atento a las obligaciones de vuestro cargo; pero antes que funcionario que se apega a conveniencias dudosas, fuisteis hombre resuelto que pone la verdad por encima de todos los compromisos humanos. Permitid que al homenaje nuestro unamos también el que la patria mexicana debe al Ministro de Estado de Cuba, don Manuel Sanguily, que supo refrendar vuestros actos, y al noble pueblo de la Habana que en aquellos días luctuosos abrió sus brazos a todos los refugiados que llegaban de México.